

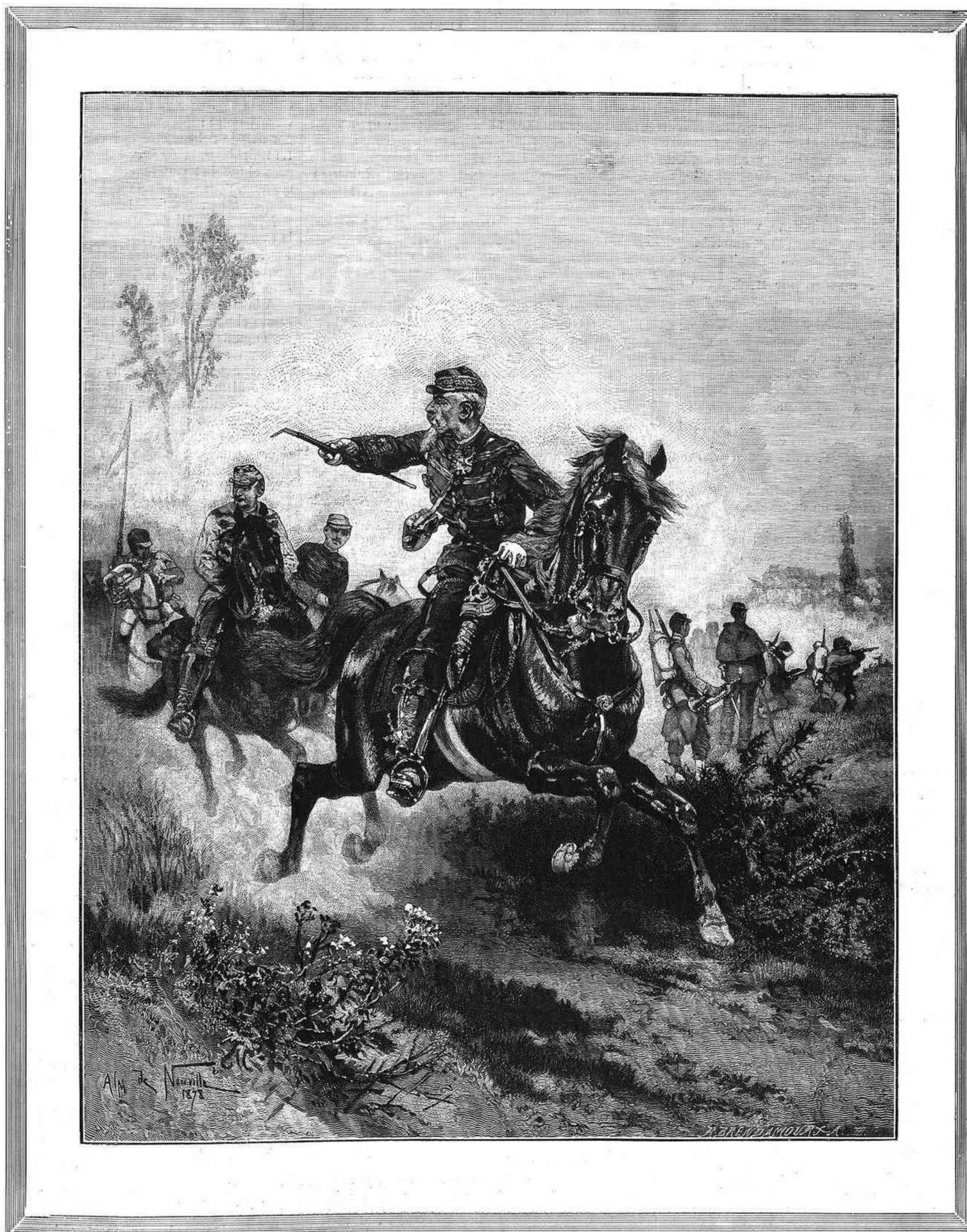


AÑO IV

← BARCELONA 12 DE OCTUBRE DE 1885 →

NÚM. 198

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ATAQUE; cuadro por Neuville

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—FLOR DE AZAHAR, por don Benito Más y Prat.—LOS TERTULIANOS DE LA REBOTICA, por don Enrique Pérez Escribá.—PILAR, por don Juan Antonio Cavestany.—EL TIESTO DE CLAVALES (conclusion), por don F. Moreno Godino.—NUEVA MÁQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER.

GRABADOS: ATAQUE, cuadro por Neuville.—LA CAZA DEL JABALÍ, cuadro por Beckmann.—PRIMULA VERIS, cuadro por C. Hoff.—BUSTO DE NIÑA, por F. Strachovsky.—LA PRUEBA DE LA COLA.—NUEVA MÁQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER.

NUESTROS GRABADOS

ATAQUE, cuadro por Neuville

La pintura francesa, que cuenta con artistas eminentes en todos los géneros, los ha producido y muy notables en el de costumbres militares, sin duda porque, durante los tres últimos siglos, las armas han constituido la principal ocupación, la mayor gloria de la Francia monárquica, republicana é imperialista. El reinado de Luis XIII puede envanecerse de Le Brun; las epopeyas de Napoleón I inspiran cuadros de grande aliento á Deschamps; las campañas de África en tiempo de Luis Felipe reproducidas han sido por el célebre Horacio Vernet, y la guerra franco-prusiana ha puesto de relieve el talento del ya insigne Neuville, cuyas obras de asunto militar en nada desmerecen de las ejecutadas por sus ilustres predecesores y sobre todo de las de Vernet, que es con quien tiene mayor analogía.

El grabado que hoy reproducimos es plena demostración de cuanto decimos: véase á ese viejo general, véase el caballo que monta, véase el edecán del segundo término, y dígame si cabe mayor marcialidad, mayor brio, tipo más acabado, actitud de mando más natural y enérgica, carrera más impetuosa, impresion que más se acerque á la impresion de la realidad. Ese caballo vuela, ese cuerpo pesa sobre la silla, ese brazo dice: ¡adelante! mejor que la voz lo dijera... Hay en todo movimiento, vida, fuego y patriotismo; sí, patriotismo, porque ninguno como Neuville ha hecho la apoteosis de los vencidos.

LA CAZA DEL JABALÍ, cuadro por Beckmann

La vista de este cuadro, cuya acción se desarrolla probablemente en un vedado bosque del Norte, hace formar de lo que se llama caza una idea muy distinta de la que sugiere un paisaje de abanico, en el cual tiradores y víctimas parecen elaborados de encargo en alguna confitería. Y ciertamente, no es lo mismo correr tras las ofensivas perdices y los tímidos conejos, que buscar en su selvática madriguera al jabalí, excitar sus instintos feroces, obligarle á utilizar sus formidables armas en defensa propia y acosarle tan de cerca que se establezca una lucha corporal entre la fiera y el hombre.

Para la caza á que se dedican la mayor parte de nuestros pollos dados á la cinegética, basta un traje vistoso, una escopeta bien bruñida, un perro no corredor en demasía y la protección de San Huberto que depara al moderno Nemrod un rústico ó una villana que le brinde la adquisición de media docena de codornices.

Pero cuando se trata de un jabalí que ruge, no tras los hierros de una jaula de menagería, sino en campo libre para él y sus enemigos, la cosa cambia de aspecto y el que se sienta tentado á probarlo, no ha de echar en olvido que uno de los doce trabajos de Hércules fué el dar cuenta de un animal de esa especie. Tal idea tenían formada los antiguos de la índole y peligros de ese ejercicio.

El autor del lienzo que publicamos debe haber corrido de cerca esos peligros, porque únicamente cuando se ha presenciado ó tomado parte en una escena de esa naturaleza, puede reproducirse con la verdad y el calor que ha demostrado Beckmann en su *Caza del jabalí*.

PRIMULA VERIS, cuadro por C. Hoff

Tienen los artistas singulares caprichos, y Hoff ha tenido el de dar á su cuadro el nombre de una planta ó arbusto, que lo mismo pudiera ser el de la Primula llamada vulgarmente Primavera, que el del árbol de que se ahorcó el mal apóstol. Respetemos el capricho, que alguna excentricidad ha de tolerarse á los artistas que, como los poetas, dejarían de serlo si en todo fuesen parecidos al vulgo de los mortales.

Hemos de suponer que la Primula sea la flor con que elabora un ramillete la dama del cuadro; pero ¿qué clase de importancia puede tener este hecho en el asunto del lienzo, para dar á este su nombre?... La Primula, por más que sea la *Primula veris*, no es flor simbólica, ni poética, ni á nadie se le ha ocurrido concederla otra propiedad que la de ser comestible alguna de sus variedades. Esta última apreciable condición no es, á pesar de todo, para inspirar á ningún pintor de primer orden.

Convengamos, pues, en que paisaje y título andan cada cual por su lado; convengamos, también, en que se trata de una obra de arte muy recomendable, y dejemos á su autor el mérito de una explicación que quizás no pase de una sencilla simpatía por la *Primula veris*.

BUSTO DE NIÑA, por F. Strachovsky

Esta graciosa obra de escultura está ejecutada con firmeza de maestro; lo cual, no impide que su autor haya obtenido del mármol duro una ingenuidad de expresión y una pastosidad de carnes verdaderamente infantiles. Con mucha dificultad puede el grabado reproducir un trabajo escultórico de suerte que pueda apreciarse algo

más que el contorno: sin embargo, en nuestro busto cabe penetrar algo y áun bastante en el pensamiento del artista, cuyo trabajo puede calificarse de verdaderamente delicioso.

LA PRUEBA DE LA COLA

El autor ha reproducido una escena doméstica, cuya exactitud puede apreciar cualquiera que haya tenido hijas de siete y ocho años. La más constante preocupación de la niña es ser mujer; y de aquí la generalizada tendencia á disfrazarse con los vestidos de mamá ó de sus hermanas mayores. El traje que barre la alfombra, la cola propiamente dicha, es la suprema aspiración de la aspirante á polla.

La escena doméstica á que esto da lugar, ha sido interpretada con buen gusto por el autor de este cuadro, que ha dado á sus figuras un tinte de ingenuidad verdaderamente propio del asunto.

FLOR DE AZAHAR

IDILIO

Al diablo no se le ocurre otra. El nuevo propietario ha demolido la casita blanca, ha plantado chumberas en todo el circuito, y sólo ha dejado un naranjo, el naranjo grande y fudoso, aquel que se erguía entre todos los otros, como un gladiador de gran estatura, que abre las piernas y los brazos para resistir valientemente al situario que le ataca con malas artes.

Ya aquella huerta no es lo que era. El arco apuntado de la fachada que miraba al río, el sencillo ajimez que se abría encima, el terradillo lleno de macetas y adornado de canalones salientes y estrechos como los de las casas judías del barrio de Santa Cruz de Sevilla, han rodado por tierra; parece que se los ha tragado el Guadaira en cuyas aguas se reflejaron tanto tiempo.

Como aquella casita, rodarán muy pronto los torreones del castillo que corona la altura y bajo cuyos cimientones se arrastra el ferro-carril como un gran dragón empenachado y verdinegro. ¿Resistirá el paisaje? ¿Vendrá de nuevo el barreno á hacer saltar las rocas, á abrir nuevas madrigueras á los monstruos del progreso y á poner como la palma de la mano aquellas pintorescas alturas? Es muy posible, pero aun así recordaré yo el naranjal del Guadaira, vestido aún, en mi imaginación, de azahares, mirándose en las ondas del río, cerca de la casita morisca con su sencillo ajimez y su arco apuntado.

En lo hondo, más allá de la aceña, pasando las dos filas de álamos blancos que costean el río por aquella parte, estaba el pradillo bordado de flores donde yo solía pasear todas las tardes. La primera vez que la ví, era la hora del crepúsculo; los vencejos y las golondrinas vadeaban la azuda mojándose las alas en el agua que caía como una cascada tranquila por el plano inclinado y volvían al alero del molino burlándose con agudos gritos de las trovas de los ruseñores.

Con las piernas desnudas, la falda azul plegada airoosamente, el pañolillo de sandía atado atrás con un gracioso fudo, y el pelo recogido en haz sobre su frente limpia y serena, halléla en la senda de los álamos, haciendo provisión de hierbas y florecillas de varias especies y colores.

Dile las buenas tardes, y ella me contestó con amabilidad extrema. Miré los pies delicados y pequeños, como dos hojas de rosa, y al preguntarle por qué andaba descalza, díjome que por tener el gusto de pasear por la azuda sin peligro de caer al agua. Supe que se llamaba María Flor, aunque por Flor de Azahar la conocía todo el mundo; que era hija del molinero que vivía al lado en la casita del ajimez y que había cumplido aquel mismo día diez y seis años.

Aun conservo en la memoria las líneas de aquel rostro oval y primoroso, los trazos de aquel cuerpo torneado como una columna salomónica y correcto como el de las estatuas de plata de Benvenuto Cellini. De pequeña estatura, pero de proporcionadas partes, era como esos dijes de marfil que se ofrecen en los templos de la India, como esos costosos juguetes de sándalo y nácar, hechos para entretenimiento de los reyes.

Yo estudiaba entonces historia natural, y solía salir á caza de larvas y mariposas todas las tardes. Las huertas de Alcalá de Guadaira eran mi cotidiano campo de operaciones, y aunque algunas veces pasaba la tarde en una de aquellas albaranas ó torres de homenaje que han sido socavadas por el gran túnel y que el ferro-carril se pone diariamente por montera, prefería, sin embargo, el bajo de los molinos y el naranjal de la casita del ajimez que se miraba en el río.

María Flor se había acostumbrado á verme vagar por entre los árboles con el libro abierto y solía atreverse á cerrarme el paso.—¿Qué hace V.?—me dijo un día, notando que contemplaba con fijeza el lucero de la tarde, semejante á una pupila de plata que se abría entre los cortinajes del cielo.

Yo le contesté que miraba aquel otro mundo donde la vida podría ser más grata que en la tierra, y ella, que jamás había imaginado tal cosa, me preguntó sonriendo, cómo era posible que hubiese más mundos que este en que habitamos y para el cual se habían hecho el sol, la luna y las estrellas.

Recuerdo que llamé á Fontenelle y á Flammarion en mi auxilio y procuré iniciarla en los misterios de la pluralidad de mundos y existencias del alma.

—¡Oye, María Flor!—la dije, estrechando entre las mias una de aquellas manos menudas, levemente ásperas por el continuo contacto de la harina polvorosa,—los que se aman, se buscan, después de la muerte, por la senda de los espíritus, que es esa faja blanquecina que empieza á destacarse en el azul y que los campesinos conocen con el nombre de *el camino de Santiago*. Una vez mecidos en la misma nube, bañados por el mismo éter, y solicitados por el mismo centro, van á renacer en alguno de esos astros brillantes que bordan la bóveda celeste. En el seno de la constelación de Andrómeda, hay una estrella grata á los amantes; estas florestas comparadas con aquellas son una sombra de verdura y un remedo de luz, porque allí solamente brillan en toda su plenitud la luz y las flores. Las miserias de la vida terrena no existen en aquellos valles, como en estas campiñas; un solo racimo de sus vides ó una sola naranja de sus huertos templan para siempre el hambre y la sed.

—Pues ¿qué se hace allí si no hay que moler trigo?—díjome María Flor, como encantada por el relato de tales prodigios.

—¡Amar!—repliqué yo, lacónicamente, mientras que buscaba en vano entre las constelaciones, alguna que brillara tanto como aquellos ojos, limpios y grandes, en los que había voluptuosas promesas é incomprensibles claridades.

Mi respuesta la dejó perpleja, y se contentó con entreabrir sus labios encendidos como guindas y mover la cabeza hácia uno y otro lado expresivamente.

—¡Qué! ¿no me crees, María Flor?—añadí yo acercando mi boca á su oído, para que el viento indiscreto no se llevase una sola palabra de lo que iba á decirle.—Cuando dos se aman verdaderamente, nacen á nuevas vidas y no se separan jamás. ¿Ves aquel túnel que pasa por debajo del castillo? Esa es la imagen de la tumba. La tiniebla es la fosa, el wagon es el féretro: cuando se pasa el túnel el viajero vuelve á ver las márgenes del Guadaira; cuando se sale del ataúd, las almas vuelven á hallar las encantadas planicies del cielo.

Mientras hablábamos, anochecía. Se vestía de sombras la tierra y de astros el firmamento.—¡María Flor! ¡María Flor!—dijo una voz entre los naranjales. Ella huyó como una cervatilla y yo quedé como clavado en el mismo sitio. Perseo y Andrómeda brillaban sobre mi cabeza.

A la tarde siguiente no la hallé pasando la azuda, cruzando el naranjal ni asomada al ajimez de la casita del arco apuntado.—¿Habeis visto á María Flor?—pregunté á un antiguo servidor del molino cuyo asno hacía resonar acompasadamente la campanilla por el sendero de los álamos.—¡Está enferma!—respondióme el buen hombre continuando su ruta, á mujeriegas sobre los costales.

Confieso que me entristeció la noticia. Sin que entre nosotros hubiese habido más correspondencias que las que la casualidad había proporcionado, tenía yo cuidados por aquella niña tierna y melancólica que pasaba la vida cortando flores y viendo correr el agua del molino. Dos tardes la esperé sentado en la misma piedra, y como la esperé en vano, decidíme á penetrar en la huerta con cualquier pretexto. Era mi dulce amiga: ¿qué mal había en ello?

Fueme propicia la suerte. Cuando yo daba vista á la huerta, ella venía hácia el molino; más bella y melancólica que nunca, con su falda azul y su delantalillo blanco como la espuma.

—¡Adios, María Flor!—le dije cerrándole el paso.—¿Qué tienes? ¿Por qué no has salido estos días? ¿qué enfermedad te aqueja?...

No me respondió. Bajó los ojos y quiso seguir su camino; yo cometí la imprudencia de detenerla por la falda y ella se llevó el delantal á los ojos, queriendo ocultarme una lágrima que fué á caer temblando sobre los ramos pintados de su pañuelo.

Insistí y se puso seria.—¡Déjeme V., caballero!—dijo volviendo el rostro y enjugando sus lágrimas;—todas esas mentiras que me ha contado me han puesto mala y me han quitado el sueño!

Mi sorpresa no tuvo límites con tan enigmática respuesta y procuré que me escuchase tomando á Dios por testigo de la rectitud de mis intenciones. Vino al cabo á mí, como otras tardes, y sentándonos cerca del naranjal, que estaba en flor y perfumaba el ambiente, me contó lo que le había pasado.

Yendo á confesarse al día siguiente de nuestro encuentro, y manifestando al padre cura sus deseos de vagar de mundo en mundo, como de flor en flor vaga la abeja, el bueno del eclesiástico, montando en santa cólera, le había echado el gato, como suele decirse.

—Acuérdate de lo que profetiza San Juan en su misterioso Apocalipsis. «Se abrirá el sexto sello y al punto se sentirá una gran tormenta, y el sol se pondrá negro como un saco de cilicio y la luna se volverá toda bermeja como sangre.

»Y las estrellas caerán sobre la tierra á la manera que una higuera sacudida de recio viento deja caer sus brevas.

»Y el cielo desaparecerá como un libro que es arrollado y todos los montes y las islas serán movidos de sus lugares.»

Yo quise convencer á la apesadumbrada niña de que las visiones apocalípticas eran tan sólo formas simbólicas de intuiciones más ó menos atrevidas, asegurándole que el santo varón que la confesara no había cuidado de armonizar el espíritu bíblico con las conquistas de la ciencia para que la palabra de vida y verdad hablase á las generaciones presentes como á las que pasaron; pero todo

fué en vano.—Dime, María Flor,—le dije con cierto fuego impropio de tan trascendentales elucubraciones,—¿crees tú que esos astros que se besan todas las noches, que esos luceros que jamás se separan, que esos cometas que vuelven sin cesar al sol, que esa luna que sigue á la tierra como á eterna compañera, pueden dejar de mezclarse sus besos y sus rayos porque así lo traduzca tu confesor el padre Pedro?

María Flor clavó en mí sus grandes ojos brillantes y limpios, como las estrellas del tahalí de Orion, y permaneció silenciosa á mi lado.

Yo proseguí mi discurso, probándole que el espíritu no podía permanecer en la inacción por ser una parte de Dios mismo, que es toda actividad y vida, y haciéndole notar que el concierto de los mundos es el recreo del Creador, quien los sembró en el éter como ejemplo de su poder y rúbricas de su gloria.

—¿Y porqué no me lo dijo así el señor cura?—repuso María Flor, deshojando lentamente una margarita cuyas hojas se llevaba el aire.

Engolfados en estos diálogos, no advertimos que la atmósfera se enrarecía y que el sol se había ocultado tras un montón de nubes pardas y densas; el viento azotaba los álamos del sendero y el leve zig-zag de los relámpagos rasgaba el último límite del celaje que ya estaba compacto y plomizo.

—¡Hay tormenta...!—dijome María Flor;—dejemos el abrigo de estos árboles grandes, que llaman el rayo, y vámonos al naranjal á buscar reparo contra la llovizna.

Yo la seguí sin hablar palabra. La vista del naranjal, tan verde, tan compacto, tan hermoso; semejante á un palacio de cristal verde cuyas bóvedas estaban sembradas de blancas estrellas, me hizo olvidar el color plomizo del horizonte y los relámpagos intempestivos. Nos sentamos sobre la tierra húmeda, al pié de uno de esos árboles llamados de las Hespérides que producen todavía flores de plata y frutos de oro. Los nublados corrían entre tanto sobre nuestras cabezas y un trueno lejano, semejante á una descarga de fusilería, fué á repercutir de extraño modo en el torreón cuadrado que se asoma sobre la pendiente.

—¿Tienes miedo?—pregunté á María Flor, que se acercaba á mí, trémula como aquellas florecillas blancas que el viento azotaba con pertinaz insistencia.

—Sí, señor, tengo miedo!... he visto pasar en una nube el ángel de que me hablaba el padre Pedro, en su caballo pálido, desgreñado y con la túnica suelta.

—¡Te engañas!—repliquéla ciñendo atrevidamente su talle con mis manos calenturientas,—es el ángel del amor que extiende sobre nosotros sus alas de fuego!...

—¡Oh, no, no!—respondió la niña,—es el ángel del fin del mundo, tiembla la tierra, se mueven las estrellas... ten piedad de mí!...

Cerró los ojos espantada y volvió á abrirlos temerosamente. Habíase arrancado en un raptó histérico el pañuelo que cubría su cuello de cisne y dejaba al descubierto el arranque del seno, más blanco y más fino que los ramos de azahares que se hallaban colgados sobre nosotros.

Un nuevo relámpago más intenso, más horroroso, rasgó el negro celaje, y un trueno sordo, prolongado, espeluznante, retumbó en mis oídos. María Flor se estremeció convulsivamente entre mis brazos y al ver caer sobre nuestras cabezas una lluvia de flores de azahar que arrancó el viento y que penetraron por el escote abierto de su justillo, bordando su pecho, exclamó, quedando después fría é inmóvil como una estatua:

—¡Mirad, mirad, ya caen sobre nosotros las estrellas, ya se han cumplido las profecías; ya no despertaremos más!...

Yo no pude darme cuenta de lo que pasaba; una chispa eléctrica había descalabrado el torreón gigante que se alzaba á lo lejos, y presa, también, á mi pesar, de las extrañas imaginaciones de María Flor, creí por un momento que me envolvía el caos y que cada grupo de aquellas estrellas aromáticas que bordaban nuestras ropas eran otras tantas constelaciones que habían rodado hasta la superficie de la tierra perdiendo con el trayecto sus gigantescos diámetros y quedando reducidas á microscópicas flores de naranjo.

Pronto me repuse de tan extraña alucinación y pude posesionarme de mí mismo. El cielo se serenó poco á poco, las nubes se separaron dejando sobre el naranjal un gran resquicio azul por donde asomaron los rayos suaves del sol que caminaba al ocazo y María Flor abrió los ojos dulcemente como si despertara de un sueño.

—¿Dónde estoy?—preguntó cerrando instintivamente los broches de su justillo y sacudiendo las florecillas que se hallaban revueltas en su falda perfumándola y humedeciéndola con sus hojas.

—¡En mis brazos!—exclamé yo, sellando con un beso aquella boca fresca, roja y entreabierta como una granada.

—¡Ah, sí!...—contestóme sonriendo y abandonándose sin esfuerzo á mis caricias,—¡tienes razón, hemos nacido á la vida de algún nuevo mundo! ¡No puede haber tanta felicidad sobre la tierra!

BENITO MÁS Y PRAT

LOS TERTULIANOS DE LA REBOTICA

FOTOGRAFÍAS DE LA ALDEA

La acción tiene lugar en un pueblo de Castilla la Nueva; el nombre no hace al caso, todos tienen idéntica

fisonomía: la familia feliz, los que no trabajan, los que viven envueltos en la raída capa de su hidalguía, los que se llaman ricos porque poseen una casa solariega acribillada de goteras y unas cuantas fanegas de tierra de *pan llevar*; los que alimentan el cuerpo con el prosaico cocido y el espíritu con la murmuración; los que pasan la vida representando, al sol en invierno y á la sombra en verano, el papel de *Corregidores de Almagro*, mezclándose en todo aquello que no les importa, son *gemelos* y consanguíneos en todas las aldeas, y, ¡oh debilidad humana! generalmente sus afiladas lenguas cortan, rajan y despedazan á todos los que valen más que ellos.

Una botica en un pueblo tiene algo de periódico de oposición; todos los actos se comentan por la parte más desconsoladora; y no es esto decir que los boticarios sean murmuradores: ¡libreme Dios de adornar á tan benemérita clase de defectos morales que indudablemente no poseen; porque, sabido es que un boticario de un pueblo no puede imponer á sus contertulios la conversación que han de seguir mientras matan el tiempo en la rebotica, esperando la clásica hora de los garbanzos.

Por una casualidad, extraña si se quiere, el boticario de A... era el primer murmurador del pueblo; pero sabido es que un individuo no forma clase, y esto debe tranquilizar á todos los farmacéuticos habidos y por haber.

La botica se hallaba situada en los soportales de la plaza de la Constitución.

El sitio no podía ser ni más céntrico ni más cómodo para toda esa caterva de estacionarios desocupados que tanto abundan en los pueblos, y que viven sin sospechar que les coge desde el cogote á los *tendones de Aquiles* la ley de vagos de Gonzalez Brabo.

En cuanto á la plaza de A... era como todas las plazas de los lugares de Castilla; arquitectura clásica puramente española, con reminiscencias de convento y pretensiones de plaza de toros.

Entre los tertulianos de la botica podía formarse un congreso que representara todos los partidos políticos que devoran á España. Don Celso del Rosario era ultramontano: colgaba su capa en el mismo clavo que la había colgado su abuelo. Don Próspero Esperanza, progresista; su santo favorito era Espartero; la melodía de su alma el himno de Riego. Don Próspero estaba siempre dispuesto á fundir las campanas para hacer cuartos, y don Celso á fundir los cuartos para hacer campanas. De esta incompatibilidad de ideas políticas, surgía muchas veces el rayo, pero un rayo inofensivo, como los de las comedias de magia.

El médico titular del pueblo se llamaba don Valentin Adelantado; era republicano, materialista puro, adorador de Voltaire y Volney y vivía con la esperanza de que un *noventa y tres* purificara la corrupción política de España.

Cuando la gente de ideas avanzadas manifestaba temores de que volvieran á restablecerse los conventos de frailes, el médico se reía *con toda la boca*, y contestaba:

—Mejor: hay pocos frailes; yo de cada uno haría dos para que hubiese más.

Los progresistas del pueblo á veces se indignaban con el médico, porque siendo republicano miraba con tanta indiferencia el restablecimiento de los conventos, y el médico entonces les contestaba, riéndose siempre:

—Duerman Vds. tranquilos; el mundo marcha, el hombre camina hácia el progreso á pasos de gigante; la época de los conventos y las escopetas de chispa ha pasado para no volver nunca.

Los tertulianos de la botica eran, como la generalidad de los españoles, indiferentes; lo mismo les importaba cantar la *pitita* que el *trágala*; y si tenían alguna predilección por éste ú el otro sistema político, procuraban ocultarla en lo más recóndito de sus almas; eran adoradores del dios *Éxito*, acataban los hechos consumados sin protestar, y de este modo vivían en perfecto acuerdo con los *negros* y con los *blancos*, sistema higiénico que prolonga la vida y evita muchos disgustos.

A pesar de esto, cuando llegaban las elecciones acudían á depositar su sufragio á favor del candidato del gobierno, fuera *absolutista*, *conservador* ó *republicano*; formaban parte de esa gran masa electoral que se inclina siempre del lado del gobierno constituido, temiendo que lo que venga detrás sea peor, como si en España fuera posible un gobierno *peor*.

Además, honrados patricios de sangre tibia y ancha conciencia política, sabían muy bien que un diputado ministerial puede hacer más por sus electores que un diputado de oposición, y siempre es bueno tener un padrino en Madrid por lo que pueda ocurrir.

Hemos dejado para el último al tertuliano de la botica de carácter más enérgico, de colores más vivos. Era este don Alejandro Seco, capitán retirado, de sesenta y tres años de edad, de estatura regular, nariz aguileña, bigote poblado y blanco, pómulos salientes; ojos pequeños, pardos, vivos y de una movilidad vertiginosa; dentadura irrefragable, fuerte y unida y muy capaz de triturar la nuez más resistente; pelo espeso, blanco, cortado á rape, fenómeno de aquella naturaleza compuesta de un manojito de nervios; con cuarenta y cuatro años de servicio, día por día, y veintidos de *abonos*; de manera que había servido á la patria desde un año antes de nacer.

El capitán Seco había hecho toda la campaña de los *siete años* en el Maestrazgo, Aragón y Cataluña; había perseguido á los *centralistas* el *cuarenta y tres*, á los *carlistas* y *republicanos* el *cuarenta y ocho*; había estado en África, y á pesar de tantas cuchilladas, tantas noches al raso y tantos peligros, con más de cien acciones de guerra en su hoja de servicios y una docena de cruces en el

pecho de su uniforme, se había retirado de capitán á los sesenta y tres años de edad.

Esta mala suerte, esta postergación de su carrera, había agriado superlativamente su carácter; de modo que el capitán Seco era uno de esos hombres para quienes el perpetuo gruñido es un desahogo de la bilis; mordía, arañaba hasta durmiendo. Afortunadamente no tenía hijos, y su mujer era modesta y hacendosa.

El capitán Seco estaba siempre suscrito al periódico de oposición más rabiosa al gobierno, y pasaba la vida soltando por aquella boca sapos y culebras, metrallazos y balas rojas.

Descritos á la ligera los caracteres de los tertulianos de la botica, entremos en la farmacia.

La acción comienza á las once y media de una mañana del mes de setiembre.

Todo el mundo llevaba unas tijeras dispuestas á *cortar un sayo*, moralmente se entiende, á la perfectibilidad misma.

—¿No saben Vds. la última, señores?—dijo el boticario dirigiendo una mirada universal á sus contertulios.

—Vaya, suéltela V.;—contestó el neo-católico, siempre dispuesto á enterarse de lo que no le importaba.

—Pues la *perlita* del pueblo, el abogado *in utroque*, el sabio en miniatura, el ministro en ciernes, don Pepito, está resuelto á marcharse á Madrid. Dice que la estrechez de este pueblo le ahoga; dice que es el más sabio del lugar y que necesita vivir en otra esfera más ancha para extender el vuelo de su prodigiosa imaginación.

Aquí, unos soltaron la carcajada, otros prorumpieron en ruidosas exclamaciones; porque, como Pepito no había querido nunca pertenecer á la reunión de la botica, tenía pocos partidarios.

—La verdad es, señores, que el chico tiene ambición y no es tonto,—dijo el médico.

—Pues con esas condiciones, si no le faltan padrinos en Madrid, verán Vds. como ese mequetrefe llega á ministro,—añadió el capitán Seco.

—O á obispo,—añadió el *tradicionalista*.

—Pues mire V., más fácil es llegar á obispo que á general, porque el clero no tiene escalafón cerrado.

—Usted siempre respira por la herida, mi querido capitán,—repuso el médico.

—Pues es claro, como que la tengo abierta y manando sangre,—contestó Seco.—Pero yo les aseguro á Vds. que si volviera á nacer, no me sucedería lo que me ha sucedido; no sería tan tonto, me iría siempre con el sol que más calentara; sería político, que es lo único que puede serse en España; *cambiaría de casaca*, me pronunciaría siempre que hubiera ocasión, y no me vería como me veo, retirado á los sesenta y tres años de edad, sin faltarme un pelo (y se dió un cachete en la cabeza), sin faltarme un diente (y se dió otro en la boca); esto clama al cielo.

—La verdad es que la patria se ha mostrado ingrata con V.,—dijo el médico con cierta socarronería.

—¡La patria!... ¡la patria!... la patria no se mete en nada. La patria en España es propiedad de unos cuantos muñidores que la explotan en provecho propio,—repuso el capitán.

—Confiesen Vds. que los partidos liberales son tan ingratos como injustos con sus parciales. No le sucede eso á mi comunidad política, que todos nos protegemos como Dios manda,—añadió el partidario de las *cadena*s.

—Vamos, ya sacó la oreja don Celso,—repuso el progresista.

—Sí; yo saco la oreja, pero Vds., los liberales, meten la pata, y son Vds. como el aire solano, que agosta todo lo que toca.

—Mire V., don Celso; yo estoy convencido de que ustedes tienen mucha madera en el cráneo, y para meterles una idea de *progreso* se necesita martillo y escoplo.

—Y aún así,—añadió el médico riéndose,—sería posible que no pudiera V. acabar de meterla del todo.

—Ni con veinte martillos ni cuarenta escoplos me meten á mí en la cabeza las ideas que yo no quiero que entren,—contestó, malhumorado, el *tradicionalista*.—¡Progreso!... ¡progreso!... ¡sufragio universal!... ¡ferrocarriles!... ¡telégrafo eléctrico!... ¡para qué sirve todo eso?... para sacarnos los cuartos, para pervertirnos, para aumentar las contribuciones; porque yo supongo que ustedes no me negarán que hoy pagamos en el pueblo veintitantos mil duros de contribución, y en tiempo del amado é inolvidable rey Fernando VII pagaban nuestros padres diez y siete mil reales, y, señores, obras son amores y no buenas razones; y aunque el médico vaya diciendo por ahí que yo soy de los vecinos del pueblo más *arrimaditos á la cola*...

—Oiga V., don Celso; eso es una calumnia.

—Pero hombre, ¿quién hace caso de las calumnias? sobre todo en la rebotica de mi farmacia,—dijo el boticario, que se complacía en engrescar á sus contertulios.

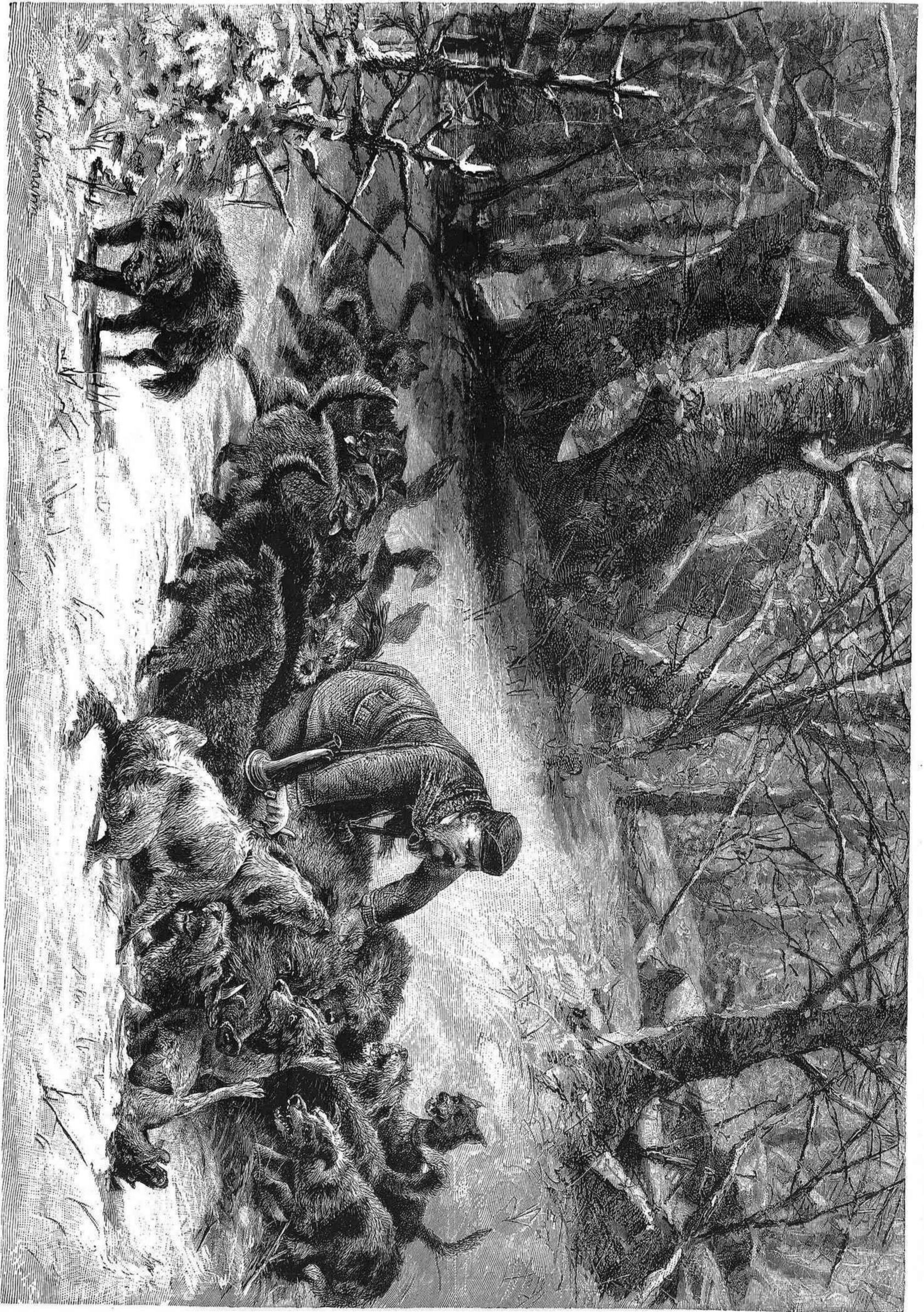
—No hay que interrumpir al orador,—exclamó el progresista;—déjenle Vds. que *desembuche* el saco de sus antiguallas, que no han de faltarnos luégo razones para destruir todos sus argumentos.

—Pues mire V., yo creo que ni los siete sabios de Grecia con Salomón á la cabeza, tendrían bastante elocuencia para que don Celso se *apeara de su burro*,—añadió riéndose el médico.

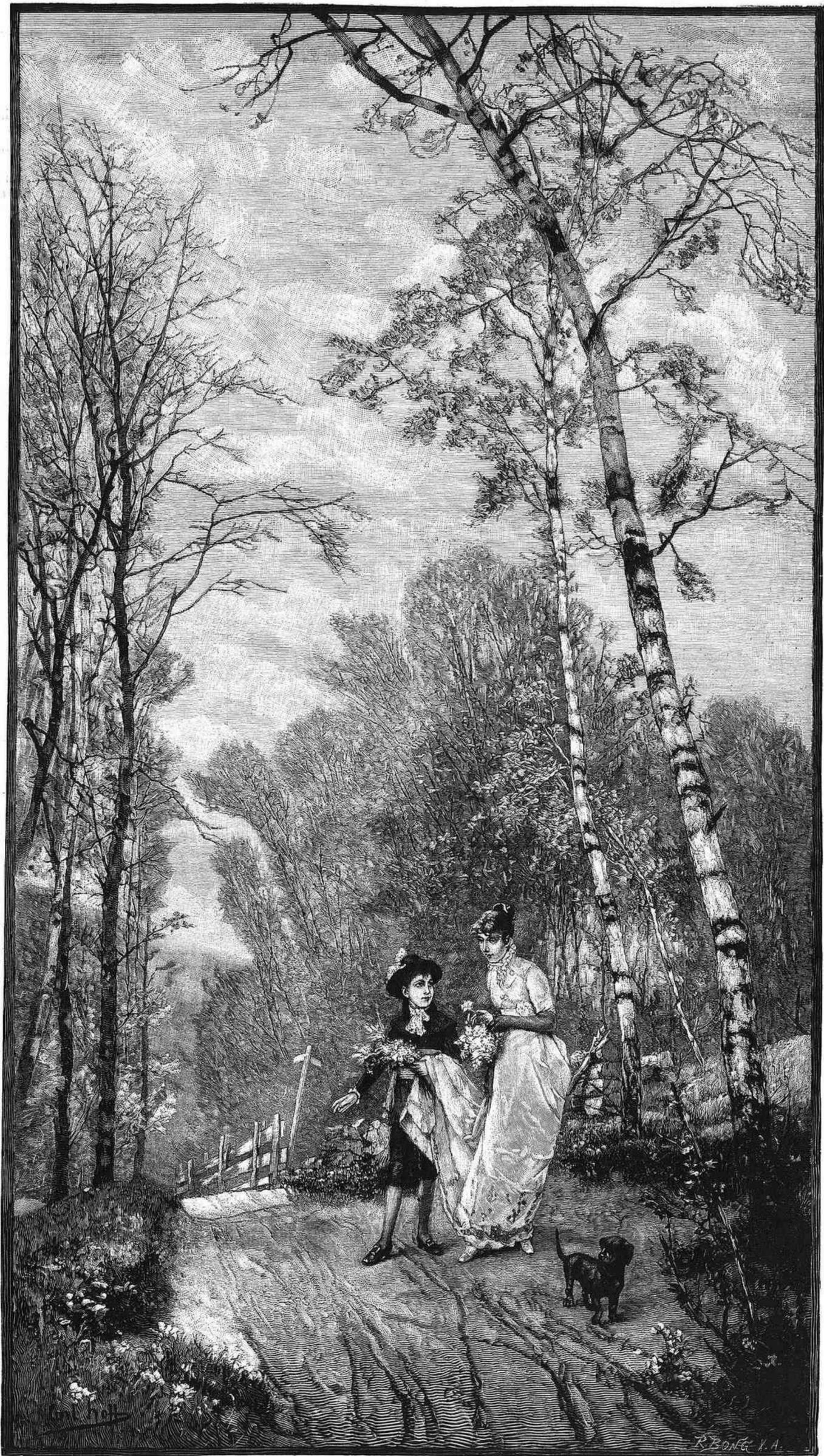
—Sí, sí; yo no me *apearé de mi burro*,—contestó malhumorado don Celso,—pero Vds. no echan abajo mis argumentos.

—Pero hombre, ¿qué argumentos ni qué calabazas son los de V.?—añadió el progresista.

—Señor don Celso,—repuso el médico;—yo supon-



LA CAZA DEL JABALI, cuadro por L. Beckmann



PRIMULA VERIS, cuadro por C. Hoff

go que V. sabrá de memoria la doctrina del padre Ripalda.

—¡Pues no faltaba más que no la supiera!...

—Entonces debe V. recordar aquello de: *contra esos siete vicios hay siete virtudes*.

—Y ¿qué tiene que ver la doctrina con el aumento de la contribucion?

—¡Pues no ha de tener que ver!...—contestó siempre en el tono de burla el médico,—deduciendo las cosas se llega siempre á donde se quiere.

—Pues amigo mio, no entiendo una palabra de lo que usted dice.

—Lo siento mucho por V.; pero la cosa me parece á mí muy clara.

—Pues á mí muy turbia.

—Eso es porque V. vive envuelto en las sombras del oscurantismo, y yo iluminado por el sol de la democracia.

—Volvamos al punto de partida,—dijo el progresista.

—Sí, sí; al aumento de la contribucion,—dijo el neo.

—Yo he dicho,—añadió el médico,—que contra los siete vicios hay siete virtudes y esas virtudes que nivelan el vicio de las contribuciones, son las ventajas que disfrutan los pueblos con los ferrocarriles, el telégrafo eléctrico y todas esas innovaciones que horrorizan y espantan á don Celso. En aquel tiempo, que él envidia y que este pueblo pagaba diez y siete mil reales de contribucion sin contar el diezmo, las primicias, la recoleccion forzosa de los conventos, los censos, las capellanías, las cargas de justicia, muchas contribuciones pequeñas que empobrecian á los pueblos, la propiedad apenas tenia valor y los cosecheros se veían precisados á dar sus frutos poco menos que de balde. Para ir á Madrid era preciso confesarse y dejarse robar tres veces durante el camino; los frailes se comían las mejores tajadas de nuestras casas, etcétera, etc.

—¿De modo que V. cree que estamos perfectamente bien?—exclamó colérico el neo católico.

—Yo creo firmemente que, porque esa es la verdad, hoy estamos mucho mejor que ayer, y que mañana estaremos mucho mejor que hoy, porque el hombre camina hácia su perfectibilidad á pasos de gigante.

—Y hácia el progreso, que es la marcha natural de la civilizacion,—exclamó el progresista.

—Sí; medrados estamos con los progresistas,—añadió el reaccionario.

—Diga V. con todos los gobiernos, porque todos son peores,—dijo á su vez el capitán.

—Poco á poco; del mio no se puede hablar, porque no ha gobernado,—añadió don Celso.

—¿Que no?—repuso el médico:—para muestra basta un boton. Lea V. la historia y ella le recordará aquel ominoso tiempo en que los de V. hacían comer pedazos de piedra de la Constitucion á los liberales, y despues de darse hipócritas golpes de pecho en la iglesia, se complacían en tirarles de las piernas á los ahorcados que morían por haber dado vivas á la libertad y al progreso.

El boticario, comprendiendo que la discusion iba tomando mal carácter, y con el objeto de desviarla de tan peligroso curso, exclamó:

—Señores, señores; dirijan Vds. las miradas hácia la plaza, y verán pasar al filósofo en miniatura, al Demóstenes de la aldea, al ministro en ciernes, al nunca bien ponderado don Pepito, cuyas aspiraciones dejan tamaño al mismo don Rodrigo, marqués de Siete Iglesias.

—¡Qué botarate!

—Diga V. qué orgulloso.

—¡Y qué soberbio!

—Y lleva un libro en la mano.

—Eso es para darse importancia.

—El mejor amigo del hombre es un libro,—dijo á su vez el médico,—y el peor enemigo un desocupado.

—Pues yo digo que el mejor amigo es un duro;—añadió el neo-católico.

—Despues de Dios, se entiende,—repuso el médico riéndose.

—¡Por supuesto!... Dios está sobre todas las cosas,—añadió hipócritamente don Celso.

En aquel momento, el reloj de la botica dió doce campanadas. Aquel eco de metal recordó á los dormidos estómagos que habia llegado la hora de los *garbanzos*.

Los tertulianos del farmacéutico fueron desfilando de la botica, en donde debían reunirse á las seis de la tarde para *despellejar* al prójimo, segun su habitual y pacífica costumbre.

EPÍLOGO

Trascurrieron doce años. Los tertulianos de la rebotica eran los mismos, aunque un poco más envejecidos y mucho más murmuradores; casi todos ellos llevaban el mismo sombrero y la misma capa; no habian adelantado un paso en el camino del *progreso* y de la prosperidad; pero en cambio, ¡cuántas horas de dulce indolencia, de inefable pereza habian pasado tomando el sol en invierno y la sombra en verano!

Un día corrió la noticia por el pueblo de que el excelentísimo señor don José, es decir, aquel don Pepito de otros tiempos, que no era tertuliano de la rebotica y que paseaba siempre solo con un libro en la mano sin murmurar de nadie, que aquel *chisgaravis* tan criticado, iba á llegar, y ¡oh, asombro de los asombros! el ayuntamiento en masa, el clero, los trabajadores de la vía férrea, todos, en fin, menos los contertulianos del boticario, estaban citados en la estacion, para hacerle un gran recibimiento y se habia dado la orden de que al llegar el tren, se echaran

las campanas á vuelo y se dispararan unas cuantas docenas de cohetes *voladores*.

Sin embargo, en la rebotica los desocupados se hallaban reunidos comentando el hecho y dejando asomar á sus maldicientes labios la asquerosa baba de la envidia.

—Esto es insoportable, esto no sucede más que en estos tiempos,—gritaba el *absolutista* como un energúmeno;—mañana verán Vds. pavonearse por las calles del pueblo á don Pepito, á ese *chisgaravis* á quien la fortuna loca ha convertido nada menos que en el excelentísimo señor don José.

—Pero vamos á ver, ¿qué ha hecho don Pepito?—preguntó el capitán Seco, agitando las mandíbulas como el que se dispone á morder.

—Pues nada,—repuso el *reaccionario*.—Don Pepito llegó á Madrid y abrió su bufete; don Pepito se dedicó á la política, y á fuerza de intrigas y cabileos salió elegido diputado; don Pepito se puso á charlar sin ton ni són, como un loro, en las córtes, y en recompensa de su *palabrería* le nombraron subsecretario; y poco despues, aprovechando una crisis parcial, fué elevado nada menos que á la categoría de ministro de Fomento; luégo don Pepito quiso *darse lustre* en el pueblo, y mendigando por la derecha y pordioseando por la izquierda, consiguió una cantidad para traer las aguas y hacer tres fuentes, que maldita la falta que nos hacían, como no les hicieron falta á nuestros abuelos que vivieron sanos y robustos sin ellas. Despues mandó otra cantidad para restaurar la iglesia, componer los caminos y hacer un lavadero público: total nada, nada de provecho; y sin embargo, mañana cuando llegue el excelentísimo señor don José, habrá vuelo de campanas, cohetes por el aire, vivas entusiastas, como si fuera álguien, como si se tratara de la llegada al pueblo del obispo de la diócesis ó de algun príncipe de la familia real; porque despues de todo, vamos á ver, señores, ¿qué ha hecho don Pepito para que se arme este escándalo y se interrumpa nuestra pacífica existencia?

—Nada absolutamente,—exclamaron á coro todos los tertulianos menos el médico, que colocando una mano sobre la espalda del neo católico, dijo:

—Amigo don Celso; lo que ha hecho el excelentísimo señor don José es precisamente lo que no ha hecho en su vida ninguno de Vds.: trabajar sin cuidarse del prójimo, ser perseverante, aplicado, hombre útil, y no poner nunca en accion un refran muy aplicable á la mayoría de los españoles, y que asegura que, *cuidados ajenos matan al asno*.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH

PILAR

Lector, ¿conoces á Pilar?

Seguramente me contestarás que no y seguramente faltarás á la verdad si lo dices: yo sé que la conoces.

Prescinde de su tez morena y aterciopelada; olvídte de aquellos ojos grandes y rasgados, negros como la noche y claros como el día á un mismo tiempo; no te fijes en sus cabellos de azabache que en abundante cascada bajan á besar aquellos piés inverosímiles á fuerza de pequeños; no pienses, en fin, en su arrogante esbeltez ni en sus formas esculturales, y Pilar seguirá siendo conocida para tí.

Tú habrás soñado alguna vez, tú habrás visto en tus delirios, más ó menos frecuentes, de poeta,—por que de esto, segun dice el refran, todos tenemos un poco— á la mujer de tus sueños, á ese ideal, viva encarnacion de tus ilusiones, que todos tenemos, que todos perseguimos, que todos adoramos, adornándola cada cual de cuantos encantos le sugiere su imaginacion, con un alma ardiente y apasionada que parece como que pugna por escaparse de sus ojos... ¿Verdad que sí, querido lector? Pues esa es Pilar; por eso te dije, hace poco, que la conocías.

Pilar era, mejor dicho, Pilar es una de esas mujeres que, aun viéndolas, parece que se sueñan; de tan irresistible hermosura que áun el más exigente en cuestion de belleza, exclamaría al verla por primera vez:—¡hé aquí la mujer de mis sueños!

Ahora, y despues de descrita, aunque á grandes rasgos, la figura de nuestra heroína, tú querrás saber algo, amable lector, acerca del dueño de tan precioso tesoro, porque para tí será cosa segura que tal dechado de perfecciones ha de tener algun gallardo doncel que rinda culto de amor á su belleza.

Y este es el primer desengaño que ha de proporcionarte la lectura de este cuento.

Pilar tenia diez y nueve años, y sin embargo, el amor aún no habia llamado á las puertas de aquella alma nacida para amar y encerrada en la cárcel de sus hechizos. Dormido su corazón, no sospechaba que pronto habian de despertarlo los latidos de una pasión, que siempre llega, más avasalladora cuanto más tardía; y sus negros ojos, siempre abiertos para los horizontes del mundo, aún no se habian cerrado para mirar á su interior y buscar en su alma perspectivas más grandes y espacios más dilatados.

¡Ah! la montaña más alta á cuyos piés ruge el mar imponente y bravo, con su manto de olas azotado por la tempestad, sin más límite que el cielo, será pequeña para los ojos humanos que al cerrarse, busquen en su alma, alumbrada por un rayo de amor, más luz, más espacio, más horizonte.

Esto no es decir que Pilar no hubiese escuchado ninguna declaracion de amor. Más de mil se lo juraron á sus plantas y muchos se creyeron correspondidos.

Todos se disputaban la dicha de ser el preferido y tan alto tasaban el precio de sus favores que sé de un duque, un banquero, dos marqueses y varios jóvenes, cuyos pingües patrimonios naufragaron en el revuelto mar de los placeres con que pretendían deslumbrarla.

Pilar era el ídolo de la moda.

Y sin embargo, su corazón dormía. La vanidad y el vicio lo aletargaron.

Cercada de adoradores, aún no habia prendido en su alma la chispa del amor.

II

Ricardo,—ya pareció aquello, lector querido,—tenia veinticinco años.

No haré su descripción por salirme de la costumbre establecida en estos casos.

Sólo diré que era rico; que la varonil hermosura de su rostro se hermanaba perfectamente con su arrogante estatura, y que bastaba ver sus negros ojos para adivinar en sus miradas los destellos de un alma de artista.

La fama de Pilar habia llegado á sus oídos y sin embargo jamás habia sentido deseos de conocerla.

Hombre superior al vulgo de los hombres, despreciaba esas caricias venales que satisfacen la vanidad de algunos, á quienes sólo la riqueza abre camino para llegar al corazón de la mujer querida.

No quiero hacer inútiles digresiones ántes de decir lo que el lector habrá supuesto, y habrá supuesto muy bien.

Pilar y Ricardo se encontraron al fin. ¿Dónde? Es igual para el caso. Baste decir que se encontraron.

Ver á Pilar un hombre artista y apasionado como Ricardo y no sentirse atraído por tan perfecta hermosura, es imposible; verla una vez y no volverla á mirar, más imposible todavía; y como en una mirada, en ese choque de dos almas que se encuentran, en ese instante supremo que puede hacerse interminable sin que pierda su rapidez, los ojos hablan, los de Pilar y Ricardo al encontrarse se hablaron y se comprendieron, y el amor, rápido como el rayo, penetró en sus almas en un instante, como en un instante rompe el sol un manto de nubes y hierde con su luz la tierra ántes cubierta de sombras.

No hay nada que parezca en muchos casos tan inverosímil como la verdad y acaso esto, á fuerza de verdadero, parezca inverosímil á mis lectores.

El amor, el verdadero amor penetra en el alma como un relámpago, y así penetró en Ricardo el de aquella mujer que, un momento despues de verla por vez primera, era ya para él tan conocida como si á su lado hubiese trascurrido la mitad de su existencia.

Pasaron dos días. Dos días de irreflexion y de delirio. La imagen de Pilar flotaba constantemente ante Ricardo.

Habia vuelto á verla.

Quien nunca haya amado, quien jamás haya sentido en su alma la vibracion de ese sentimiento á la vez dolorosa y suave, querrá en vano comprender el poema de ilusiones y esperanza que se encierra en esta frase: ¡la he visto!

Pasados los primeros momentos de locura, Ricardo reflexionó.

—¿Qué es esa mujer?—se preguntó.

Y sus labios, temerosos de ofenderla, se callaron la respuesta.

Siniestra nube cruzó su frente; en vano—¡pobre naufrago del mar de la esperanza!—buscaba una tabla de salvacion para los despojos de su amor y de sus ilusiones.

Hacer su esposa á Pilar, era un delirio, una quimera; y aumentar el número de sus adoradores, ser uno de tantos entre la turba de sus amantes, hoy preferido, mañana olvidado, le parecia profanar el sentimiento más sagrado, más puro, más vehemente de su alma...

¿Qué hacer?

El silencio más profundo reinaba á su alrededor: miró en torno suyo, se vió solo y un hondo suspiro salió del fondo de su pecho al mismo tiempo que dos lágrimas rebeldes se escaparon de sus ojos y rodaron por sus mejillas.

Al poco rato vino á sacarle de su abatimiento una voz fresca y sonora que cantaba al pié de su balcon:

Quando un hombre, que es muy hombre,
sus lágrimas deja ver,
allá en el fondo del alma
¡qué pena debe tener!

III

Daban las once de la noche en los relojes de la ciudad. Corría á la sazón el mes de mayo y los efluvios de la primavera embalsamaban la atmósfera despejada y tranquila.

El cielo, palpitante de estrellas, parecia tender un manto de azul y oro sobre la tierra impregnada de perfumes y alfombrada de flores, y los ruidos misteriosos de la noche semejabán suaves armonías de un himno con que la creacion entera saludaba á la estacion del amor y de la poesía.

En uno de los paseos públicos más hermosos de la corte existía entonces—y aun creo que existe hoy—una fonda, donde los amantes de la naturaleza podían gozar de sus encantos, mientras comían ó cenaban tranquilamente.

Pálido y ensimismado, vacilante el paso, descubierta la negra cabellera que el viento acariciaba y sacudia, y los ojos fijos en el cielo como si en él buscasen la huella de una sombra cuanto más oculta más perseguida, entró un hombre en la fonda, pidió un gabinete y despues de decir

al camarero en breves palabras lo que había de servirle, dejándose caer sobre el antepecho del abierto balcon contempló con infinita tristeza el grandioso espectáculo de aquella noche diáfana y serena.

Las ideas que en aquel momento afluyeron á la mente de Ricardo, seria imposible decirlas. Solo, sin más testigo que aquella naturaleza que parecia convidarle al amor, pensó en las dichas que perdía ántes de haberlas alcanzado, pensó en los placeres que su dignidad le negaba, pero que su alma más pretendia miéntras eran más imposibles, y ciego, loco, frenético, nombraba á Pilar; y al pronunciar ese nombre, su rostro se animaba, sus ojos se encendian, una sonrisa de inefable dulzura se dibujaba en sus labios; y en el cielo, en el aire, en el fondo de aquellas alamedas solitarias y sombrías donde los rayos de la luna, filtrándose por entre las hojas de los árboles, proyectaban mil siluetas fantásticas y mil sombras temblorosas y pálidas, veía á Pilar, más hermosa que nunca, que le tendia los brazos y le llamaba; y su amor, entónces, sacudiendo el pesado yugo de su voluntad, respondia delirante:—¡allá voy! ¡allá voy! ¡espérame!—y el eco de sus palabras se perdía silencioso en el fondo de aquellas alamedas.

En estos ó parecidos delirios hubiera permanecido nuestro protagonista durante toda la noche á no haberle sacado de su abstraccion un confuso clamoreo que le hizo volver á la realidad.

JUAN ANTONIO CAVESTANY

(Continuará)

EL TIESTO DE CLAVELES

(Conclusion)

IX

Valentin, con el corazon ulcerado por el ultraje que habia recibido, corria como un loco á campo traviesa, alejándose de cuantos encontraba porque le parecia que llevaba impresa en su rostro la señal de la mano del guarda mayor. En su espíritu se libraba un terrible combate.—He sido abofeteado,—se decia,—y no he tomado venganza de este insulto! ¡Ah! Carmen, Carmen!

A la caída de la tarde volvió á su casa y halló á su madre en la cama. Una mujer de un caserío cercano, que entró á comprar aguardiente, la habia encontrado tendida en el suelo y privada de sentido, y despues de hacerla volver en sí, la acostó sin trabajo, porque la pobre viuda estaba como aelada. La caritativa mujer acechaba la vuelta de Valentin y le refirió el accidente y la visita de los guardas.

Cuando Paca vió á su hijo, le reconoció exclamando con ansiedad:

—¡Valentin, Valentin! ¿Estás herido?

—¿Herido yo?

—Ellos me lo han dicho.

—¿Quiénes?

—Los guardas.

—¿Los guardas! ¿cuáles?

—El guarda mayor y otro; este me ha dicho que te habias roto una pierna.

—¡Mentira, madre, mentira! Vea usted.

Y el jóven, como la mejor prueba, dió dos vueltas por la pieza con su acostumbrada agilidad.

—¡Qué malos, qué embusteros!—exclamó la viuda.—¡Cuánto me han hecho padecer!

Valentin no quiso preguntar nada á su madre por no fatigarla; pero en su interior pensaba:

—Han sido Santiago y Murviedro. ¡Dios quiera que no tenga nada que añadir á la cuenta que me deben!



BUSTO DE NIÑA, por J. Strachovsky

Durante la noche, se declaró calentura á la enferma; ésta gritaba, llamaba á su hijo, delirando.—¡Es mentira! —decia—¡mi hijo está bueno! ¡yo soy la que moriré!

Un profundo sopor sucedió á la calentura, pero ésta volvió á declararse y ya no cesó.

Valentin corrió á buscar á un médico al arrabal de San Isidro y durante tres dias con sus noches no se separó de la enferma.

Tenia los ojos fijos, el pulso calenturiento y en aquellos tres dias no probó bocado.

En un momento lúcido Paca refirió á su hijo la visita de los guardas, sin olvidar ni un detalle ni una palabra. El jóven la escuchaba silencioso y sombrío.

beis matado. Ahora te devuelvo tu ultraje y no te mato como á Murviedro, porque tú no proferiste aquellas palabras que han asesinado á lo que más amaba en el mundo. Toma! cuenta pagada, toma!

Y levantando la mano, imprimió en el rostro del guarda un vigoroso bofetón.

Este lanzó un rugido. Se le saltaban los ojos, la espuma blanqueaba sus labios.

Valentin se incorporó; el guarda al verse libre se puso en pié violentamente y buscó su carabina; en la sorpresa que le produjo tan inesperada acometida, no reparó en que el jóven la habia arrojado al estanque.

Se abalanzó á su enemigo con el puño cerrado; pero Va-

lentin, no preparandose sino blandiendo su escopeta, le detuvo, diciendo:

—Detente ó te deshago la cabeza. Ya nada me queda que hacer en el mundo. Espero que Dios, que lee en las conciencias, me perdonará. Voy á reunirme con mi madre.

Y dichas estas palabras se precipitó en el estanque.

XI

El guarda mayor se quedó atónito. Tantas emociones seguidas le mareaban.

Sintió ruido de gente y voces que le llamaban; un grupo de guardas y de mujeres de las familias que habitan en la Casa de Campo se aproximó á él.

—Señor Santiago,—dijo uno de ellos.—¿Sabe V. la



LA PRUEBA DE LA COLA, cuadro por H. Cutts

Paca la viuda murió en la noche del cuarto dia.

Despues de enterrada su madre, Valentin descolgó su escopeta, cerró con llave la puerta exterior de su casa, y se alejó precipitadamente.

X

El dia 17 de agosto á las ocho de la mañana, la Casa de Campo estaba hermosísima. Al rayar el dia habia llovido, pero en el verano los chaparrones no penetran la tierra; el sol, que tiene sed, bebe la lluvia en seguida.

Los árboles acababan de lavarse. El silencio de la naturaleza inundaba el espacio, silencio compatible con los arrullos de los nidos y las palpitaciones del aire, que ondulaba en los grupos de castaños de Indias empenachados de blanco, y mecía los juncales próximos al gran estanque.

El guarda mayor apoyado en su carabina contemplaba á los cisnes que nadaban, ora virando de bordo, como barcos, ora chapuzándose la cabeza y levantando la cola como si fuesen á dar una voltereta.

Santiago tenia predileccion por aquellos palmípedos; parecíale que habia algo de regio en aquella blancura y en aquella lentitud augusta al nadar.

De repente oyó un disparo lejano, pero no dió importancia á una cosa usual á aquella hora, en la que sus compañeros cazaban las piezas destinadas á la servidumbre de Palacio, que permanecia en Madrid.

Seguia contemplando los cisnes, cuando de pronto se sintió asido por la espalda por dos brazos vigorosos, que le derribaron en tierra, y oprimido el pecho por una rodilla que pesaba sobre él.

—¡Miserable!—exclamó con voz ahogada.

—¡Silencio! ó le ahogo. Escuche usted: ántes ha sonado un tiro, le he disparado para matar á Murviedro, el cómplice de V. en el asesinato de mi madre.

—¡Oh!—murmuró el guarda haciendo esfuerzos inútiles para sustraerse á aquella presion.—¡Sorprendes á un viejo de 58 años!

—Mi madre tenia más de 60 y la habeis matado. Ahora te devuelvo tu ultraje y no te mato como á Murviedro, porque tú no proferiste aquellas palabras que han asesinado á lo que más amaba en el mundo. Toma! cuenta pagada, toma!

Y levantando la mano, imprimió en el rostro del guarda un vigoroso bofetón.

Este lanzó un rugido. Se le saltaban los ojos, la espuma blanqueaba sus labios.

Valentin se incorporó; el guarda al verse libre se puso en pié violentamente y buscó su carabina; en la sorpresa que le produjo tan inesperada acometida, no reparó en que el jóven la habia arrojado al estanque.

Se abalanzó á su enemigo con el puño cerrado; pero Va-

lentin, no preparandose sino blandiendo su escopeta, le detuvo, diciendo:

—Detente ó te deshago la cabeza. Ya nada me queda que hacer en el mundo. Espero que Dios, que lee en las conciencias, me perdonará. Voy á reunirme con mi madre.

Y dichas estas palabras se precipitó en el estanque.

XI

El guarda mayor se quedó atónito. Tantas emociones seguidas le mareaban.

Sintió ruido de gente y voces que le llamaban; un grupo de guardas y de mujeres de las familias que habitan en la Casa de Campo se aproximó á él.

—Señor Santiago,—dijo uno de ellos.—¿Sabe V. la

novedad? Se ha encontrado á Murviedro muerto de un tiro en la cabeza.

—Lo sé,—murmuró Santiago.

—Además,—repuso una mujer,—la casa de Paca la viuda está ardiendo; según parece la han quemado intencionadamente.

—Sí,—contestó el guarda mayor,—y probablemente el incendiario acaba de ahogarse en ese estanque.

Como el cuerpo de Valentin no parecía, al día siguiente sondaron el estanque y extrajeron del fondo el cuerpo del joven ahogado. Al registrarle hallaron los bolsillos de la blusa que llevaba puesta, llenos de grandes guijarros.

F. MORENO GODINO

NUEVA MAQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER

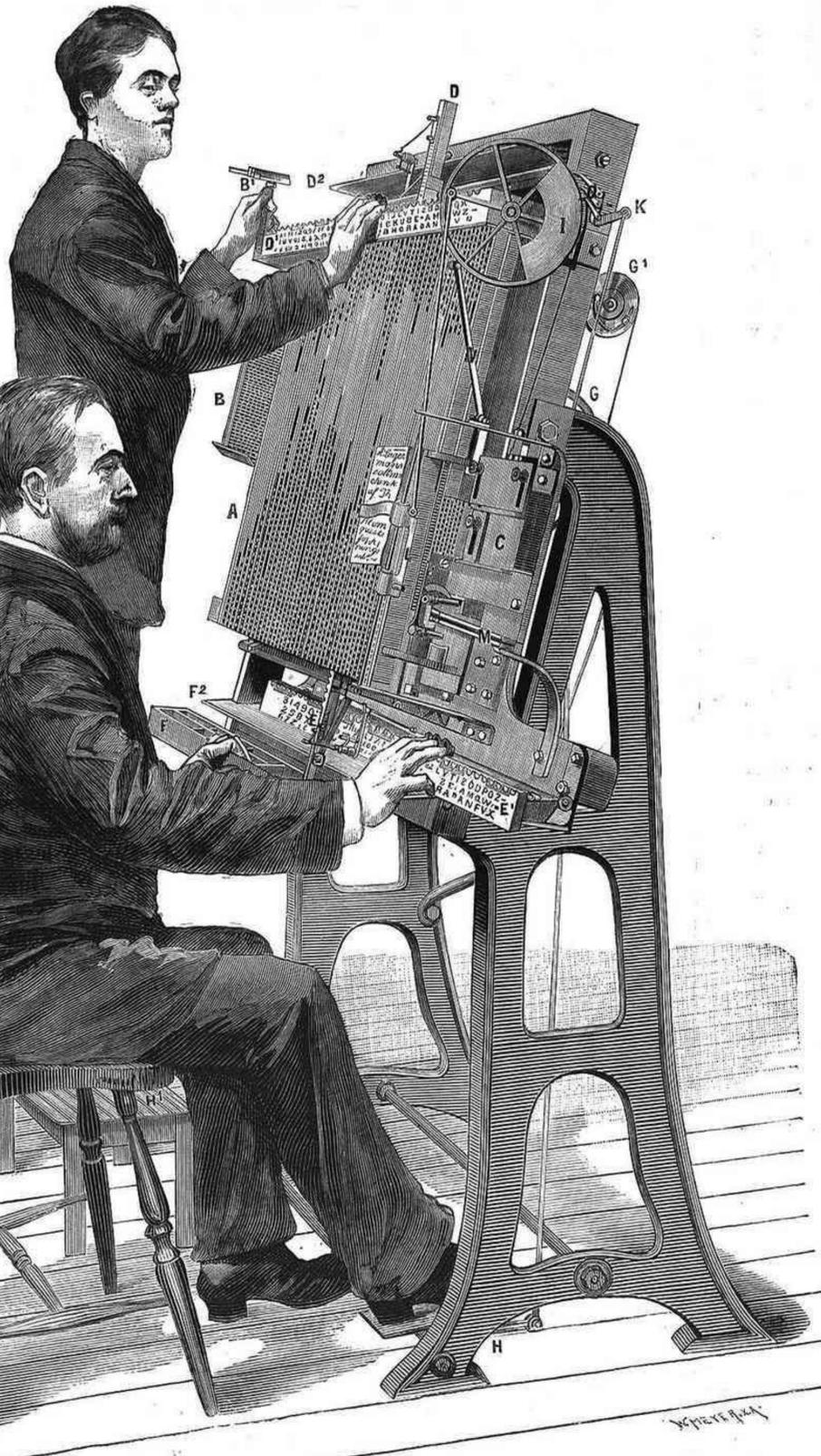
Un buen cajista puede componer en diez horas de trabajo, por término medio, 12,000 caracteres de imprenta. Para simplificar este trabajo háse inventado desde 1812 una porción de máquinas, basadas todas ellas en un mecanismo de teclas reunidas á manera de clavicordio; pulsadas éstas por el operario, hacen salir por un tubo la letra ó signo que por un mecanismo adecuado se reúnen en líneas. Sólo una de estas máquinas, la perfeccionada en Bruselas por Kastenbein en 1870, ha podido tener aplicación útil en algunas grandes imprentas, en las cuales se compone mucho texto de un mismo carácter de letra, porque todas estas máquinas adolecen del defecto de no poder componer textos de diferentes caracteres ni que contengan estados ú otros trabajos distintos de la composición corriente.

El ingenioso sueco Lagermann ha inventado há poco tiempo una máquina de componer basada en un principio muy distinto, y que según las personas peritas que la han visto, supera á todas las máquinas análogas hasta hoy conocidas y resuelve el problema de la composición y distribución de una manera práctica y satisfactoria. Su servicio exige dos personas que componen ó distribuyen en 10 horas de trabajo 60,000 letras. El célebre profesor Nordenskjöl califica á esta máquina de maravilla de ingenio y de precisión.

Hé aquí una explicación sucinta de la misma:

La máquina propiamente dicha consiste en un marco cuadrado colocado sobre un caballete doble de hierro colado. El cajista sentado delante mueve el mecanismo con el pié por medio del pedal, varilla, manubrio y volante correspondientes, pero también puede sustituirse la fuerza del hombre con cualquiera otra fuerza motora. El marco está provisto de una serie de ranuras en las cuales están adaptados los canales destinados á los caracteres. El volante G transmite el movimiento por medio de una correa á la rueda más pequeña G' que mueve el aparato distribuidor D, mientras otra rueda semejante colocada detrás del marco, por cuya razón no se ve en nuestro grabado, mueve el aparato de componer.

El distribuidor D está colocado en la parte superior



NUEVA MÁQUINA TIPOGRÁFICA DE COMPONER

del marco; puede ser movido á mano horizontalmente y distribuye los diferentes caracteres en sus respectivos canales. D' es una pieza transversal de madera con ranuras semi-circulares en su cara superior; otra pieza formada de tres anillos se mueve también en sentido horizontal, el cajista pasa un dedo por cada anillo, y apretando uno de estos en la ranura correspondiente, hace que un asidor se coloque en una posición determinada. Cada ranura tiene la anchura de tres canales de caracteres, y los anillos están arreglados de manera que cuando se aprieta con el primero una ranura, se adapta el canal correspondiente del aparato distribuidor con su extremo inferior al canal de caracteres correspondiente de la máquina principal; si se aprieta la misma ranura con el anillo del medio ábrense otro canal, y otro tercero cuando se aprieta la misma ranura con el anillo tercero; de suerte que cada ranura sirve para 3 canales. Las letras marcadas en la línea superior de la pieza transversal D' indican los canales correspondientes al anillo izquierdo; las de la línea segunda designan los canales que funcionan apretando con el anillo del centro, y las de la línea inferior corresponden á los canales que funcionan apretando con el anillo de la derecha. Para mayor facilidad de orientación

cal que baja por medio de un pequeño peso á medida que se sacan letras. K es una pequeña palanca movida por el pedal que por medio del mecanismo O hace mover la rueda I y el aparato L que hace las veces de (B') y recibe la línea compuesta á cuyo fin sube y baja. Otra palanca N ingeniosamente construida y movida también por la rueda I saca la línea de (B'); la hace pasar al galerin C, y vuelve á su posición primera.

Las líneas, columnas ó páginas se ajustan con la mano. Lo demás lo hace el cajista por medio del aparato; aprieta con un anillo en una ranura en la pieza E' y el tipo correspondiente pasa de su canal al aparato recibidor que cuando tiene una línea de la longitud prescrita es impulsado hácia la derecha donde pasa la línea al (B') y el cajista empieza á formar una nueva línea. El encargado de la distribución procede de una manera análoga pero inversa; saca con (B') una línea de tipos de la columna ó placa B, y la pasa al canal del distribuidor; luego aplicando los anillos á las ranuras correspondientes de la pieza transversal hace pasar el asidor al puesto requerido y mueve con una varita colocada debajo de la pieza D' el aparato O que empuja el tipo extremo inferior al canal principal.

del cajista están pintados los canales de tres en tres.

El aparato de componer ocupa la parte inferior del marco. El asidor E está construido de un modo análogo al distribuidor D, y sirve para hacer salir los caracteres y formarlos en líneas. Media la diferencia de que los anillos y las ranuras en la pieza E están más distantes entre sí que en el aparato distribuidor. B es el marco que contiene las letras que hay que distribuir. C es la placa cuadrada, llamada galerin, sobre la cual se forman las líneas, columnas y páginas. F es una caja auxiliar que contiene aquellos caracteres que rara vez se usan y está dividida á la manera antigua, para no hacer la máquina demasiado ancha sin gran necesidad.

La rueda G está dispuesta de manera que á cada revolución apriete un manubrio que á su vez hace bajar la placa D', mientras baja simultáneamente el aparato distribuidor y deja deslizar los caracteres por el canal de la máquina. La placa permanece un instante en la posición indicada, y al propio tiempo sale del costado un pernito ó clavo que separa transversalmente el tipo extremo inferior y lo impulsa al canal principal correspondiente. El mecanismo componedor está construido con arreglo al mismo principio. La rueda que le mueve, y que según dijimos no se ve en el grabado, aprieta también un manubrio y éste la placa E' en sentido vertical junto con el canal del componedor, mientras aparta un ganchito adaptado al canal, del cual hace salir un tipo que se agrega á los ya compuestos en el aparato componedor donde una piecicita corredera con su correspondiente resorte los conserva unidos.

Cada canal de la máquina contiene, por supuesto, una sola clase de tipos colocados en columna verti-

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproduzcan estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTÍSIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE D. LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo. — *Ornamentación*, 2 tomos. — *Escultura y Glíptica*, 1 tomo. — *Pintura y Grabado*, 1 tomo. — *Cerámica*, 1 tomo. — *Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON